

Querido peregrino.

Barri K. Jones



Capítulo 1

□ *Liverpool de septiembre de 1967.*

Querido peregrino:

¿Por dónde empezar? ¿Cómo explicarte todo lo que siento en este momento, volcar todo mi pesar y mi congoja, y al tiempo, toda mi alegría, en esta simple hoja de papel, e intentar ejecutar esta operación con éxito y claridad en mis palabras? ¿Cómo contarte que paso las noches soñando con el empedrado de las calles, las plazas donde bailábamos, reíamos y cantábamos acompañados del resto de la pandilla al compás de las guitarras de Paco y Martín y el taconeo de Azucena, las tardes de verano protegiéndonos del Sol abrasador y el agobiante calor en el interior de las frescas aguas del Guadalquivir, los relajantes paseos en los que nos dejábamos perder en el interior de los intrincados laberintos que constituyen las calles de nuestra ciudad y cada día nos ofrecían una nueva sorpresa...? Y, sobre todo, ¿cómo decirte que, a pesar de todo, también sueño con días que tocan a su fin, tiñendo nuestra amada Sevilla de escarlata y la giralda del más puro negro e iluminando tus ojos avellanados con los últimos fulgores de un día de verano, en los que el tiempo no ha pasado y yo soy otra persona, alguien que no tiene miedo ni timidez, que no se echa atrás por absurdas suposiciones, a la que la vida no le da una patada cada vez que ella le ofrece otra oportunidad? ¿Cómo escribir las palabras exactas para expresarte que, te guste o no, sigo queriéndote, y nunca dejaré de hacerlo, al igual que sigo amando con todo mi corazón a la localidad que me vio nacer y crecer y de la que jamás serán capaces de separarme, por muchos kilómetros de tierra o mar que pongan de por medio?

Sé que te extrañarás cuando recibas esta carta, que verás el sello, el nombre del remitente y la dirección y serás incapaz de evitar mostrar un semblante de extrañeza, que tu entrecejo se fruncirá en ademán de estupefacción y achinarás los ojos, como si tuvieras ante ti una simple ilusión que no entiendes cómo puede haber llegado hasta lo más profundo de tu mente. Te conozco, más de lo que tú crees o quieres creer, y por eso sé que esta misma será tu reacción una vez veas tan solo el sobre dentro del cual descansarán estas líneas escritas con estilográfica y tinta negra hasta que rompas el precinto con un abrecartas. A decir verdad, me da igual incluso si, tan solo con echar un vistazo, te es suficiente para, después de apenas habértelo pensado unos segundos, decidir tirarla a la basura con desprecio y olvidarte de que te he escrito o que yo existo y sigo existiendo, que, a pesar de que me marché de Sevilla hace ya dos meses, no me he volatilizado ni me he convertido en un ente incorpóreo. Solo quiero desahogarme, que me escuches de una vez por todas en vez de huir de mí como las ratas de alcantarilla huyen cuando ven que se les acerca un humano, tener aunque sea la sensación de que alguien conoce

mis problemas, le interesan y se ha molestado en dedicar unos valiosos (aunque escasos, porque no quiero extenderme demasiado) minutos de su tiempo en saber de ellos. Digo yo que al menos te dignarás a descubrir si me encuentro bien, porque, por encima de todo, siempre seremos, como mínimo, amigos.

Muchas veces, sin embargo, y a pesar de lo que dije al principio del párrafo anterior, no logro entenderte, porque, al fin y al cabo, da igual cuánto te conozca o cuánto tiempo hayamos pasado juntos, o que pertenezcamos a la misma pandilla de amigos: eres una persona misteriosa, pensativa, que, lo quieras o no, aunque creas saberlo todo sobre ella, siempre te sorprenderá. Recuerdo que en el velatorio de mi madre, que se celebró en la misma casa donde habíamos vivido las dos juntas desde que tengo memoria, te pasaste casi todo el tiempo sentado en una esquina del salón, con la mirada perdida y un vaso de agua entre las manos. Muchas veces me senté a tu lado e intenté persuadirte para que me contaras qué te pasaba. Sin embargo, me ignorabas, me tratabas como si fuera invisible, y llamabas a otra persona para preguntarle la primera burrada que te venía a la cabeza. ¿Después soy yo la inmadura del grupo, la que debería aprender a controlar sus emociones y su mal genio? No entiendo por qué te comportabas así, pero sí sé que ese mismo comportamiento me demuestra que, por mucho que quieras esconderlo poniendo gesto serio y sentándote en rincones a hacerte preguntas existenciales al más puro estilo Antonio Machado, tú también sigues siendo un crío, y un inmaduro, con la diferencia de que no tienes el valor de mostrarlo ante el resto del mundo y admitirlo. Entiendo que quizás me pasé un poco cuando, un día que recuerdo como si fuera ayer y tú seguramente también recordarás, me cabreé con Azucena por no sé qué injusticia que no recuerdo y acabé perdiéndome en lo más profundo de las más oscuras e intrincadas callejuelas de nuestra ciudad, donde, si no hubiera sido por mi sentido de la orientación, habrían encontrado mi cadáver yacente junto a una alcantarilla, siendo roído por una asquerosa rata, maloliente e hinchado como consecuencia de los gases post mortem, semanas después. Sin embargo, yo reconozco que fue una de las cosas más estúpidas que he hecho en mi vida y no entiendo qué se me pasaba exactamente por la cabeza cuando decidí hacer aquello.

Uno de los mayores defectos, y a la vez una de las mayores virtudes, de la Humanidad, es su orgullo, sin importar lo orgullosa que sea la persona en cuestión. En mi opinión, una de las cosas que tenemos en común entre los dos es nuestro orgullo. Otra de las cosas que ocurrieron tras la muerte de mi madre, y que nunca olvidaré, fue el paseo del cortejo fúnebre, que marchaba con paso lento hacia el cementerio donde ella reposaría para el resto de la eternidad junto a los restos de mi padre (valga la redundancia). Ni siquiera entonces te dignaste a acercarte a mí, como si yo te fuera a morder. Tenía a mi lado a tres chicas, Azucena, Marta y Elvira, y dos de ellas, no recuerdo muy bien cuáles, me cogían del brazo, ofreciéndome sus hombros para llorar, porque, aunque en esta carta te

hablo como si tú hubieras sido el centro de mi atención durante todo ese fatídico día, en realidad, como habrás deducido, tenía otras cosas más importantes por las que apenarme. Delante mío, además, distinguía la silueta de unos hombres vestidos de negro a los que apenas había visto dos veces en mi vida y que decían ser familiares lejanos; el gigantesco y anticuado carruaje tirado por caballos de sedoso pelaje negro con decoraciones de épocas pasadas que parecían hacernos viajar en el tiempo a nosotros y que servía de coche fúnebre cuando, en mi opinión, un Mercedes negro habría sido una mejor opción; y a todos aquellos que posaban su vista sobre nuestra lúgubre procesión. Veía a los dueños de locales salir del interior de sus peluquerías, restaurantes y todo tipo de tiendas solo para poder quitarse el sombrero y bajar la cabeza en señal de respeto y sentido pésame hacia los que acompañábamos hasta el lugar de su eterno descanso a Magdalena, una mujer que, tal y como yo bien sabía, un día se encontraba perfectamente, tan vivaracha como siempre, haciendo galletas y bizcochos, invitando a amigas a merendar, trabajando de camarera en la misma taberna que se localizaba a tan solo dos manzanas de nuestra casa, dedicando sus últimos momentos libres a su pasión, tocar la guitarra,... y al día siguiente yacía inerte sobre el suelo de madera de ese local que antes mencioné, con un agujero de bala en el pecho y ganándose el Cielo tras haber dado su vida por salvar la de un cliente que, seguramente, ni siquiera se había dignado a asistir al funeral. El orgullo, la falsa impresión de que tenía el poder de salvar a todos sacrificándose ella y después de su gran hazaña el mundo sería un lugar mejor, fue lo que mató a mi madre, pero también era la misma sensación que corría por mis venas mientras, sintiendo cómo una blanca gasa aparecía frente a mis ojos, dejaba correr las lágrimas por mis mejillas sin perder la compostura, con la espalda recta y escondiendo parte de mi rostro tras un negro abanico que portaba porque ese día, a pesar de que estaba anocheciendo, el achicharrante calor de verano no había bajado en ningún momento la guardia.

Nuestros sentimientos nos manipulan, pero deben hacerlo, porque, si no lo hicieran, nosotros no nos podríamos considerar humanos. Eran la ira y la congoja, el orgullo y la pena, la rabia que corría por mis venas, lo que me empujó entonces a olvidarme de todo, a solo ser consciente de que estaba caminando a paso lento tras el ataúd de mi madre, que pronto sería enterrada en el cementerio, y lo menos que podía hacer era ir con la cabeza bien alta, como ella habría preferido, y aceptar la realidad. Estoy segura de que no era la única que se dejó manipular por sus emociones, que no le importó que un semblante altivo la dominara y jugara con ella cual alegre niño con un muñeco de trapo. Quieras aceptarlo o no, creo que era precisamente el orgullo, ese mismo espectro junto al que mi difunta progenitora había recorrido el sendero que lleva hasta la monótona penumbra y que se apoderaba de mí lentamente, obligándome a pisar fuerte con cada paso que daba, esconder mis lágrimas y mantener la vista

fija al frente, quien te hacía actuar de esa manera.

El paseo hasta el camposanto fue uno de los más largos de toda mi vida. Mientras notaba que un nudo se me formaba en la garganta, discurría por calles infestadas de locales que conocía tan bien como la palma de mi mano, a pesar de no recordar el nombre de la mayoría de ellos, y que apenas habían cambiado con el paso de los años; la peluquería a la que mi madre siempre me arrastraba para que me cortaran el pelo, los restaurantes que visitábamos y nunca dejamos de visitar, las tiendas donde comprábamos ropa, los novedosos establecimientos donde se vendían discos de las bandas del momento y que adoraba visitar acompañada de la pandilla (incluido tú), las plazas donde jugábamos a las canicas, aquella calle cuyo nombre nunca recordaré y en la que siempre había un gitano tocando la guitarra al compás del taconeo de su esposa con la intención de dejar impresionados a los turistas y que ese día se encontraba apoyado en la pared junto a su mujer en señal de respeto, la silueta de la giralda sobresaliendo entre la del resto de edificios y pareciendo alejarse a medida que marchábamos, cuando los que nos íbamos éramos nosotros,... Todo se tornaba irreal a mis ojos y el tiempo parecía avanzar más lento que de costumbre, como en un sueño. El Sol se relevaba lentamente a su prisión tras el horizonte, volviendo la vista hacia el suelo como habían hecho todas aquellas personas con las que nos habíamos encontrado a medida que nos dirigíamos al cementerio. No sé muy bien cómo ni por qué, estoy segura de que entonces yo era consciente de todo: sabía que ese sería mi último paseo a través de mi amada ciudad, que sería la última vez que podría mirar a los ojos a todos aquellos personajes que, aunque fuera en un segundo plano, habían adornado mi infancia y los escasos meses que llevaba de adolescencia, que el sol andaluz nunca volvería a sonreírme y no tendría jamás el privilegio de ver de nuevo sus rayos posarse sobre tus ojos y hacerlos brillar con un acuoso fulgor; sabía que Sevilla me estaba dedicando un último adiós que yo recibía con la cabeza bien alta al tiempo que aquellos que me rodeaban la mantenían baja, como si el espíritu de mi madre anduviera junto a mí y nadie tuviera el valor de arrebatarle el cortejo que se merece por haber dedicado hasta el último segundo de su vida a los demás.

A decir verdad, creo que fue más bien el paseo entre las tumbas, aunque apenas duró un doceavo de lo que había durado la caminata hasta el cementerio, el que se me hizo mucho más largo y pesado que todo lo que habíamos andado hasta entonces, y se merece el título del "paseo más largo de mi vida".

Cuatro hombres vestidos de negro habían sacado el ataúd del anticuado coche fúnebre impulsado por caballos y que yo todavía no entiendo de dónde salió o quién decidió que fuera así como le diéramos cristiana sepultura a la mujer que me dio la vida. Esos mismos individuos portaban la caja sujeta a cada uno de sus hombros y atravesaban el camposanto

con todos nosotros a sus espaldas. A mi alrededor distinguía lápidas grises con inscripciones que no me molesté en leer y, al tiempo que llegábamos hasta el agujero que hacía tiempo habían cavado y dentro del cual pensaban dejar descansar a Magdalena para el resto de la eternidad, tan solo era capaz de pensar que aquellos que nos rodeaban, esas lápidas que sorteábamos con parsimonia, eran en realidad personas, al igual que nosotros; algunas de ellas quizás habían hecho cosas malas en su vida, eran despiadadas, porque, aunque nos parezca mentira, y contradiciendo al dicho, "las malas hierbas también mueren", y otras, como mi madre, quizás eran buena gente que, o había vivido muchos años y había perecido como consecuencia de una disfrutada vejez, o había tenido una trágica muerte a temprana edad; pero no importaba qué hubieran sido en vida, ricos o pobres, jóvenes o viejos, buenos o malos, porque ahora no eran más que un montón de huesos carentes de personalidad que reposaban bajo tierra. Si lo intentaras y no hubiese ninguna lápida en el cementerio, te aseguro que no serías capaz de diferenciar a unos de otros, y yo tampoco, aunque fueran los huesos de mi querida madre los que tuviera ante mis narices.

A partir del momento en el que vi descender el cadáver de Magdalena a las profundidades en el interior de su funda de brillante madera barnizada y ser cubierto con tierra, todo a mi alrededor pareció tomar un ritmo demasiado rápido para mí, y eso comenzó a estresarme. No me gusta que mi vida tenga tanto dinamismo, verme a mí misma en el punto A y antes de que pueda darme cuenta haber llegado al punto B. Que me arrebataran a mi madre también significó que me despojaron de todo aquello que apreciaba y que nunca dejaré de apreciar. Me quitaron todo lo que tenía sin tener en cuenta mi opinión. Me arrebataron el sol que iluminaba mi mundo en lo más alto de la cúpula celestial para traer luz a mis días, tiñendo de amarillo, naranja y escarlata todo aquello negro y gris, y también el sol que siempre brillará en lo más profundo de tu alma y yo acostumbraba a observar sin descanso a través de la ventana de tus ojos avellanados; a cambio, me arrastraron a una tierra donde apenas unos tímidos rayos amarillentos se arman de valor para dejarse entrever entre las nubes que siempre sepultan el cielo, donde el mar y los ríos, en vez de ser bellos zafiros, son cenizas, y donde la gente anda con la cabeza baja, no en señal de respeto, como hicieron todos nuestros vecinos a medida que veían pasar al cortejo fúnebre, sino porque la vida no les regala nada más allá y lo único que les queda es pasarse los días soñando con un mundo en el que puedan disfrutar del privilegio de ver cómo la vista de sus seres queridos es iluminada por los mismos fulgores junto a los que nosotros pudimos crecer.

Jamás seré capaz de olvidar el momento en el que, cuando llegaba a mi casa, cansada y bien entrada la noche, me encontré a mis tíos en el mismo salón donde hacía apenas dos horas y media había estado Magdalena de cuerpo presente, con un par de maletas a sus pies, y me anunciaron que, al ser mis familiares más cercanos y no haber hecho mi

madre testamento, debía irme con ellos a vivir a Liverpool. Eran los únicos parientes que conocía un mínimo de todos los que se habían presentado en el funeral. Mi madre siempre me obligaba a hablar con ellos por teléfono y escribirles cartas; eran con los que más relaciones manteníamos. A decir verdad, siempre me habían caído bastante bien. Eran muy majos y nunca olvidaban enviarme por correo algún regalo por Navidad, mi cumpleaños y el día de mi santo. Conocía sobre todo su voz y su letra, pero nunca había logrado quedarme con su cara, porque solo nos habían visitado dos veces que yo había caído enferma para ofrecer su ayuda y no tenían uno de esos rostros fáciles de recordar. Evidentemente, yo sabía que ellos vivían en Inglaterra y tenían bastante trabajo y precisamente ese era el motivo por el cual apenas nos habíamos visto, pero, aun así, me sorprendió cuando me dijeron que debíamos marchar a un país extranjero si queríamos vivir todos juntos. En realidad, después de todo, yo no sabía muy bien, ni lo sé todavía, en qué parte de Reino Unido queda Liverpool. Sé que es una ciudad inglesa, pero, si me pidieras que te la señalara en el mapa, solo sabría decirte que es un sitio con costa y está en el norte.

En mi opinión, todo los hechos a partir de ese momento se sucedieron a un ritmo demasiado rápido, como si mi vida se hubiera convertido en una de esas películas de cine mudo de principios de siglo que tanto odio y en la que los actores sobreactúan y hacen aspavientos mientras de fondo suena una pianola. En mi mente almaceno el vago recuerdo de esa noche en la que no entiendo ni cómo conseguí dormir del tirón, aun sabiendo que la próxima vez que cerrara los ojos para entregarme a los brazos de Morfeo sería en un cuarto distinto, con otro paisaje, y no volvería a sentir los rayos de Sol sobre mi frente, incitándome a abrir los ojos, cuando decidiera despertarme. Al día siguiente, apenas hubiera despertado, escucharía la voz de mi tío llamándome a gritos para que me vistiera con lo primero que encontrara y bajara a la calle, donde me esperaba aparcado, como riéndose de mí, un Seat amarillo chillón que me cegaba al reflejarse sobre su superficie la luz del alba que tanto había añorado y que ahora hacía sufrir a mi vista deslumbrándome con crueldad, como diciéndome que, sin importar que yo hubiese nacido y crecido allí, Sevilla ya no era mi ciudad, nadie quería que permaneciera en España ni un segundo más y ya estaba tardando en marcharme. No desayuné, principalmente porque no teníamos tiempo, pero, si hubiera tenido la oportunidad, la verdad es que tampoco me habría molestado en probar bocado.

Formando un corro alrededor del automóvil, se encontraban todos los chicos de la pandilla, incluido tú, quienes, al igual que yo, seguían vistiendo de luto. Las chicas llevaban vestidos completamente negros y lisos, con una diminuta flor o un lacito como mínima decoración. Los chicos os habíais despojado de vuestra clásica combinación de camiseta de color crema y pantalones con tirantes para estar más cómodos a la hora de correr por el campo y llevabais puesta la ropa de los domingos y

un brazalete color azabache. Todos ustedes bajaban la cabeza como símbolo de respeto y, una vez llegué a su altura, se abalanzaron hacia mí para darme uno de los mayores abrazos que me han dado en toda mi vida. Sentía las cálidas lágrimas de más de uno resbalar por mi ropa, aunque, a decir verdad, a veces tengo la sensación de que eran las mías propias. No quería abandonar España, estar lejos del cuerpo de mi madre. No quería irme a Inglaterra, retirarme al exilio en una tierra donde sabía que, las escasas veces que tuviera el placer de ver el Sol, no sería lo mismo, sus rayos no me iluminarían con la misma gracia ni me devolverían la alegría que tanto anhelo.

El único momento en el que por fin sentí que todo a mi alrededor había recuperado ese ritmo pausado que me encanta, esa tranquilidad que había perdido desde el momento en el que me dieron la noticia de que mi madre se encontraba muerta, fue cuando tú te despediste de mí. Lo hiciste con timidez, agachando la cabeza, y solo alzaste la vista para mirarme fijamente a los ojos y musitar, en un susurro casi imperceptible: <<Adiós>>. Después de aquello, de aquel respiro, de ese momento en el que mi vida por fin recuperó su ritmo habitual y todo pareció detenerse en torno a nosotros, me subí al coche y los acontecimientos volvieron a ser como hacía unos minutos: aburridos, veloces y monótonos, como un sueño que deseas que acabe de una vez por todas para volver a la realidad, pero, por mucho que te lo dices a ti misma, no consigues despertar. Bueno, en mi caso sería más acertado decir que aquello era una pesadilla. Ni siquiera me molesté en volver la vista atrás mientras el vehículo se alejaba para ver por última vez las caras de todos aquellos a los que abandonaba; estaba demasiado triste y asustada como para pensar en otra cosa que no fuera ese último adiós durante el cual llegué a tener la sensación de que, al menos en ese escaso periodo de tiempo, volvía a ser feliz por el simple hecho de haber tenido la oportunidad de mirarte a los ojos y haber escuchado tu voz en un tímido susurro.

Ahora que ya te he contado desde mi punto de vista todo lo que ya sabes, pasaré a hacerte un breve resumen de mi vida en Liverpool.

Mis tíos y yo vivimos en un pequeño piso situado encima del restaurante en el que ellos trabajan. Tienen muy buena clientela en el local y la mayoría son pescadores o capitanes de barco que vienen a emborracharse tras terminar su dura jornada o a disfrutar de un buen plato de paella que los transporte a aquel lugar donde el mar es azul y no de un triste tono gris oscuro. Tenemos todo tipo de clientes, desde solitarios hombres de mar hasta familias con poco dinero que, sin embargo, ahorran todo lo que pueden solo para poder degustar nuestros platos. Además, mis tíos a veces regalan comida a gente que lo necesita, como el vagabundo con el rostro sepultado tras una gruesa máscara de mugre negra que siempre está apostado en la acera de enfrente. Yo creo que tenemos tanta fama entre la gente de Liverpool, no solo porque nuestros precios son baratos y la comida está buena, sino también por los cuadros que pinta mi tía, que

son el broche de oro. A decir verdad, no lo creo; lo sé. Los días que estoy triste y añoro mi ciudad, solo tengo que sentarme a mirar algunos de esos óleos para sentir que vuelvo a estar en España, que sigo rodeada de toda esa gente que tanto me apoya y me quiere y nadie nunca me ha separado de ellos. Siento que mi madre vuelve a vivir y tú estás a mi lado. Y es que el local de mis tíos es un sitio verdaderamente mágico. Hay algo en él, una especie de aura, que te hace pensar y creer con certeza que estás en Sevilla, como si el restaurante fuera un trocito de nuestra ciudad que se desprendió del mapa para alegrar los corazones de aquellos que no tienen el placer de observar todos los días cómo el sol radiante torna el paisaje andaluz en brillante oro y rubíes.

Otra cosa que debo comunicarte es que, a pesar de llevar dos meses aquí, sigo sin entender qué me dice la gente o los clientes cuando me hablan, aunque estén comunicándose conmigo en español. A ver, los entiendo mejor que cuando llegué aquí, pero, en realidad, es una mejoría tan imperceptible que es más acertado decir que no he aprendido nada. Sé que además te parecerá una tontería eso de que ni siquiera los comprendo cuando hablan en mi lengua materna, pero, si estuvieras en mi lugar, te parecería lógico. Los ingleses tienen una forma muy rara de hablar nuestro idioma y, cuando lo hacen, me da la sensación de que están hablando en algún dialecto raro. No sé muy bien explicarlo... Es como... como si hablaran con la boca llena de polvorones.

Mi tío me da ánimos y me tiene de camarera sentada tras la barra, siempre bajo su supervisión, por si acaso algún borracho intenta propasarse conmigo, con la intención de que me vaya integrando más en la sociedad, haga algún amigo y logre aprender algo de inglés. Además, todas las tardes me escribe canciones de grupos anglosajones medianamente conocidos y me manda que escriba su traducción al español o, lo que es más difícil: me pone la radio nacional y me dice que traduzca en una hoja de papel todas las canciones que salgan, con el objetivo de que acostumbre mis oídos al idioma. Personalmente, prefiero el primer modo de enseñarme, ya que es más ameno cuando tengo delante la letra escrita en vez de estar obligada a escucharla, aunque no me gusta nada cuando, en vez de decirme que la ponga en mi idioma, mi tío me la escribe ya traducida y me manda a escribirla en inglés. ¿Por qué los que crearon la lengua anglosajona en su día se complicaron tanto la vida? ¿Por qué debían poner a determinadas letras o conjuntos de letras una pronunciación distinta a como se escriben? ¿No es más fácil hacer como en el español y poner un esquema fijo? Odio las lenguas opacas con todo mi corazón, y solo necesité un par de canciones que mi tío me mandó a escribir en versión original para darme cuenta de ello en su día.

Gracias a estas clases, sin embargo, me he dado cuenta de cuál es mi grupo de música favorito, aunque no tenga muy claro cómo se escribe su nombre. Son "The Bitels" o "The Betels" o "The Beatels" (ya te dije que no tengo ni puñetera idea de cómo se escribe; solo sé que se pronuncia: "De

Bitels"). Ponen canciones tuyas cada dos por tres en la radio nacional. Si la escuchas durante aproximadamente dos horas, es imposible que no hayas oído como mínimo cuatro veces al locutor anunciándolos. Me encanta cuando me mandan a traducir alguna de sus letras y, aunque ya te dije que apenas sé inglés, sí que he aprendido medianamente una de sus canciones: "Yesterday", la cual sí recuerdo cómo se escribe porque la pronunciación es muy parecida; solo cambia una letra: la última y única "a", la que está antes de la "y", que pronuncian como si fuera una "e". Dura aproximadamente dos minutos y medio y es muy fácil de recordar. Como la ponen casi todos los días como mínimo una vez en la radio, es raro que haya una tarde en la que mi tío no me mande a traducirla. Mi tía está orgullosa de que vaya aprendiendo algo más sobre la cultura de este país y supongo que se siente feliz al ver mi rostro alegre y cómo mis mejillas se tiñen de un delicado tono carmesí cada vez que la escucho. Es que no lo puedo evitar. Es una canción tan bonita... A mi tío también le alegra que me guste tanto la música inglesa, ya que eso significa que sus enseñanzas irán dando resultado y algún día aprenderé a defenderme en este idioma como si hubiera nacido en el país, pero siento que en parte se arrepiente de que yo empiece a preferir estos estilos musicales, porque, a pesar de todo, sabe que mi madre amaba el flamenco y nunca habría tolerado que su hija se convirtiera en una de esas personas que se niegan a aceptar sus raíces, y ha empezado a darme clases de guitarra, como las que me daba mamá, y de canto. A los ingleses les encantan los espectáculos de flamenco que a veces montamos en el restaurante; supongo que nunca han visto a verdaderos cantaores y bailaores porque, si lo hubieran hecho, nuestra actuación les habría parecido lo que era: una burda imitación que no aspiraba ni a llegarles a la suela de los zapatos a los verdaderos maestros en este arte. Sin embargo, es divertido.

Me gustaría que mi tío me enseñara a tocar también "Yesterday" con la guitarra, pero, teniendo en cuenta que me hizo retomar mis clases precisamente porque mi madre odiaba la música inglesa y no soportaba que la gente escondiera sus raíces tras una máscara de arrogancia, creo que tendré que rogarle mucho y ofrecerme a hacer varias de las tareas de la casa durante un largo periodo de tiempo para que me enseñe.

Bueno, y supongo que eso es todo. Estoy sola en Inglaterra, te extraño, echo de menos también al resto de la pandilla, deseo tener la oportunidad de ver el sol de Andalucía de nuevo, los cuadros de mi tía me animan un poco en mis horas más bajas, en la radio nacional están obsesionados con "The bitels", "Yesterday" se ha convertido en mi canción favorita y no sé qué haré para conseguir que me enseñen a tocarla, trabajo de camarera en el restaurante de mi tío, he retomado mis clases de guitarra, traduzco canciones de todo tipo de solistas y bandas porque así se supone que voy a aprender inglés y empezaré a comprender a quienes me rodean... Pero, sobre todo, lo que más echo de menos, principalmente porque, por mucho que me esfuerce o mire los cuadros de mi tía, no conseguiré sentir que los tengo de nuevo cerca, son tus ojos. Me transmiten una paz que nada más

en el mundo es capaz de transmitirme; son claros, pero no carecen de personalidad, como los ojos grises o azules de la mayoría de los clientes que se acercan a la barra para pedirme que les ponga una jarra de cerveza o una tapa de paella o pan con jamón ibérico; es como si en tu interior albergaras dos soles brillantes que se atreven a ser entrevistados solo a través de los diminutos huecos de tus párpados y que serían capaces de brindar luz hasta en la más tenebrosa oscuridad.

Eres un Antonio Machado de marca blanca, te dedicas a sentarte a la sombra de los árboles y mirar fijamente al frente, como si te creyeras de verdad un filósofo; pero yo sé que solo haces eso para intentar hacerte el interesante. Y, aunque, a decir verdad, los poemas de Machado, al igual que los cuadros de mi tía, también me ayudan a sentirme como si mi vida no se hubiera derrumbado en milésimas de segundo y siguiera estando en Sevilla, mantengo lo que dije esa tarde que discutimos tan acaloradamente y sigo pensando que Federico García Lorca es mucho mejor. Ahora me siento, efectivamente, como un solitario caminante que no comprende que el camino lo construyes al andar y sé que mi infancia son y siempre serán recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero; pero sigo prefiriendo la forma de escribir de Lorca, y creo que, aunque mi madre no era malagueña, la muerte entra y sale de la taberna. Cuídate mucho, pequeño aspirante a filósofo, y, por favor, escíbeme, en el hipotético caso de que no hayas decidido tirar esta carta y la termines de leer en este mismo instante.

Image not found.

N.T.

P.D. A pesar de todo, *creo en el ayer.*